

Marià Vayreda: el carlismo reciclado y el inconsciente catalán

*Edgar Illas*¹

La construcción de un canon literario nacional es un proyecto indisolublemente ligado al proceso de estatalización de cualquier territorio. Canonizar la literatura consiste ante todo en determinar qué obras sobresalen por su calidad estética. La ideología que sostiene esta estética se puede entender mediante una noción básica: la obra tiene que ser, según la preceptiva kantiana, desinteresada; es decir, no debe perseguir ninguna finalidad ni obedecer a ninguna determinación. La experiencia de lo sublime que proporciona la obra estética tiene que surgir de la suspensión de las determinaciones categoriales y de la no-comprensión o, mejor dicho, de la intuición de la incomprendibilidad del mundo.

Ahora bien, en esta naturaleza desinteresada de la experiencia estética está muy interesada la sociedad burguesa, tal y como desenmascara Terry Eagleton:

«Cuando, según Kant, nos encontramos concurrendo espontáneamente en un juicio estético, capaces de acordar que cierto fenómeno es sublime o bello, ejercemos una forma preciosa de intersubjetividad, estableciéndonos en tanto que comunidad de sujetos afectivos unidos por una apreciación rápida de nuestras capacidades compartidas. Lo estético no es en ningún sentido cognitivo, pero tiene algo de la forma y la estructura de lo racional; por eso nos unifica con toda la autoridad de una ley, pero a un nivel más afectivo e intuitivo. Lo que nos agrupa como sujetos no es el conocimiento sino una inefable reciprocidad de sentimiento.

¹ Estudiante de doctorado del departamento de Romance Studies de Duke University. Ha publicado la novela *El gel de bany sobre l'esponja* (Columna, Barcelona, 2003).

Y esta es ciertamente una razón importante por la que lo estético ha ocupado un lugar tan central en el pensamiento burgués.»²

Por eso, continua Eagleton, si a nivel epistemológico conocemos los objetos mediante nuestra percepción y a nivel moral nos relacionamos como sujetos autónomos, es en el nivel estético en que experimentamos nuestra 'humanidad' desinteresada y así inmediata y compartida. Y la razón por la que el pensamiento burgués y el Estado moderno dan la bienvenida a esta función de la estética es porque el arte y la literatura sirven como agentes de creación de la comunidad nacional, del 'pueblo', a través precisamente de esta reciprocidad de sentimiento que genera la experiencia estética. Y de ahí los recursos estatales destinados a la ordenación y difusión del arte, como bibliotecas nacionales, museos, cursos de literatura nacional, enciclopedias, etc.

Como ejemplo de las funciones ideológicas de los procesos de canonización de la literatura, veamos el caso de Marià Vayreda (1853-1903), escritor, pintor y empresario de figuras religiosas de Olot. Su novela *La Punyalada* (1902) pasó a formar parte del canon literario catalán cuando éste se fijó, sobre todo, a partir del advenimiento de la democracia en 1975 y con la enciclopédica *Història de la literatura catalana* de Martí de Riquer, Antoni Comas y Joaquim Molas. Aunque la mayoría del nacionalismo catalán no ha perseguido su estatalización definitiva, sí emprendió desde su inicio procesos culturales de creación de la comunidad del *poble català*, desde el movimiento literario de la *Renaixença* hasta el proyecto culturalizador del *Noucentisme* y desde la ingente labor hecha durante la República hasta el definitivo ímpetu reconstructor de la democracia. Por eso el nacionalismo catalán nos puede servir igualmente para desenmascarar la ideología de los procesos de canonización y nacionalización llevados a cabo por los Estados. O incluso el hecho de tratarse de un nacionalismo sin Estado, y por lo tanto que articula estos sentimientos del pueblo a la intemperie, es decir, sin la cobertura legitimadora estatal, en realidad nos puede mostrar con más claridad el encubrimiento por parte del mismo Estado de los fundamentos afectivos que él mismo articula y en los cuales se fundamenta al presentarlos como productos naturales del territorio.

Así pues, si nos centramos en la obra literaria de Marià Vayreda es para hacer una lectura política que ha sido obviada por los comentarios canónicos y que quiere relacionar la obra con la ideología carlista y con la forma cómo

2 Todas las traducciones del inglés y del catalán son mías. T. EAGLETON, *The Ideology of the Aesthetic*, Basil Blackwell, Oxford, 1990, p. 75.

ésta se desprende progresivamente de sus connotaciones violentas y reaccionarias y se rearticula apelando al regionalismo que alimentará al nacionalismo catalán.

La vida política de Vayreda, hijo de propietarios rentistas olotenses, empezó con un carlismo intenso que incluso le hizo luchar en la tercera guerra carlista de 1872-1876 y se transformó más adelante en un devoto regionalismo católico-catalanista. Así, una vez perdidas la guerra y las esperanzas de éxito para la causa carlista, pasó de proclamar el «Dios, Patria, Rey y Fueros» a creer en el lema «Pàtria, Amor i Fe» católico-catalanista de los *Jocs Florals* de Barcelona y de la *Renaixença*. Cabe decir que, si bien su regionalismo catalanista ya se inscribió dentro del Estado y mercado liberales, aún mantenía un profundo antiliberalismo, el cual se manifestó, no en los términos carlistas, sino en primer lugar en términos católicos contra el laicismo de la sociedad moderna; en segundo lugar en forma de apelación a los valores rurales en oposición a los industriales y, finalmente, en términos culturales al reivindicar una lengua y una tradición catalanas que, a diferencia de la lengua castellana, que era la de la política, podía establecer un espacio casi utópico de celebración y reconstrucción de la nación.

Esta ambivalencia entre práctica liberal y convicciones antiliberales la encontramos en la misma vida profesional de Vayreda, ya que fundó en 1880 la empresa de arte y figuras religiosas «El Arte Cristiano», es decir, se convirtió en un empresario burgués que funcionaba dentro del mercado, pero vendiendo un producto que se quería antiliberal. En el mismo sentido, Ignasi Terradas, en su estudio de cómo la historia afectó la vida cotidiana de la casa pairal *El Cavaller* de la montaña catalana durante el siglo XIX —masía de la cual precisamente era hija la madre de Vayreda—, expone el conflicto entre las convicciones absolutistas de la familia del Cavaller y su pragmática agraria acorde con la productividad capitalista. Sin embargo, a lo largo del siglo, las transformaciones ya habían sido múltiples:

«Familias como las del Cavaller, la propiedad las había hecho ilustradas ante el feudalismo; las nuevas formas burguesas las habían hecho reaccionarias ante la Ilustración; el nuevo capitalismo las iba haciendo ruralistas ante la economía política, y el nuevo individualismo las iba haciendo paternalistas, aunque conservando su clasismo.»³

3 I. TERRADAS I SABARIT, *El Cavaller de Vidrà. De l'ordre i el desordre conservadors a la muntanya catalana*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1987, p. 203.

Por eso, a estas oposiciones nosotros queremos añadir que cuando triunfó la revolución liberal de 1868 Vayreda se hizo carlista y cuando el carlismo fracasó se pasó gradualmente al catalanismo católico.

Vayreda escribió y publicó tres novelas. La primera, *Records de la darrera carlinada* (1898), describe una serie de escenas de la guerra carlista en la que luchó el autor y por eso se trata más bien de un libro de memorias noveladas. El libro es un ejercicio de nostalgia por la ilusión que despertó la causa carlista al acaecer la revolución liberal de 1868, aunque los varios episodios que la componen no retratan sino las experiencias del desengaño y la derrota. La narración escenifica los deshechos producidos por la guerra y no deja ninguna puerta abierta a una reconstrucción o posibilidad utópica, tal como ilustra el diálogo que un soldado carlista de Manlleu tiene en una masía con una sirvienta que se compadece de ellos:

—Ai, fills meus, com us planyo! Quant més no valdria que esti-guéssiu a casa, al costat de les vostres mares!

—Què dieu, mestressa? —crijà el manlleuenc amb posat feréstec— El que valdria més fora que les nostres mares ens haguessin ofegat al bressol!⁴

La segunda novela, *Sang nova* (1900), en cambio, es un compendio programático y doctrinario de los presupuestos del regionalismo tradicionalista que quiere purificar la sangre de la sociedad contaminada por la industria y el liberalismo. La sangre nueva es en realidad la de la tradición, la religión católica y los valores de la tierra. El protagonista es el mosén Ramon de Montbrió, que es un guía espiritual que recorre la montaña catalana dando sermones para salvarla de los males mercantiles que la acechan.

Aparte de los sectores más doctrinarios del catalanismo de principios de siglo que la acogieron como novela preceptiva, toda la recepción ha estado de acuerdo en afirmar que *Sang nova* es un panfleto anacrónico incluso para cuando fue publicada.

Por eso, para clasificar a estas dos primeras novelas, la tradición crítica sobre Vayreda ha elaborado análisis ideológicos. Así, Margarida Casacuberta y Joan Sala,⁵ siguiendo los estudios de Antònia Tayadella y

4 «—Ay, hijos míos, como os compadezco! Cuánto más valdría que estuvieráis en casa con vuestras madres!

—Qué decís, señora? —gritó el de Manlleu con fiera actitud. Más hubiera valido que nuestras madres nos hubieran ahogado en la cuna!» (M. VAYREDA, *Obres completes*, Editorial Selecta, Barcelona, 1984, p. 210).

5 Cf. M. CASACUBERTA, J. SALA I PLANA, *Marian Vayreda i Vila. La recerca d'una veu pròpia*. Llibres de Batet, Olot, 2002.

Alan Yates, muestran el salto del carlismo de la primera al regionalismo de la segunda, además de relacionarlo con la ideología de la persona de Vayreda y también con la de su pintura de cuadros bucólicos de los paisajes y los payeses de alrededor de Olot, los cuales se inscriben en la idealización de cierta Catalunya interior, de lo que Jaume Balmes llamó la montaña catalana del eje Vic, Berga y Olot, y que representan los valores de la tierra, la tradición, la propiedad y la jerarquía social opuestos a la degradación de la sociedad industrial.

Ahora bien, es al llegar a su tercera novela, *La Punyalada*, que la crítica paraliza indefectiblemente el análisis ideológico y emprende un estudio literario-psicológico que la canoniza como obra literaria compleja, autónoma y por lo tanto no ideológica en la que el autor finalmente encuentra su «veu pròpia», con lo cual las dos novelas anteriores son interpretadas como pasos previos de la búsqueda de esta voz propia.

Localizada en las montañas de la Alta Garrotxa, *La Punyalada* cuenta la historia de amor entre Albert y su prometida Coralí, dos campesinos jóvenes que se ven afectados por los crímenes que cometen el grupo de bandidos *trabucaires* capitaneados por Ivo o L'Esparver, que era un amigo de infancia de Albert y un compañero de lucha en la primera guerra carlista de 1833-1840. Después de la guerra, Ivo empezó una vida de robos y maldades que tienen aterrizada a toda la comarca. Sin embargo, Albert cree que Coralí en el fondo se siente atraída por la figura arrogante y desafiadora de Ivo, especialmente en comparación con el carácter bondadoso y débil de él mismo. Entonces, Albert regala un puñal a Coralí para que lo lleve siempre encima en caso de que los *trabucaires* la ataquen.

Pero una noche Ivo quema la casa de ella, mata a su padre y se la lleva secuestrada, aunque no lo hace por dinero sino por lujuria. Entonces, Albert junto a sus amigos, vecinos y las tropas del ejército —compuestas sólo por cinco soldados y un cabo ya que en aquellas tierras ásperas apenas llegaba la autoridad— empiezan una persecución para capturar a Ivo y rescatar a su prometida. A la vez, sin embargo, empieza la crisis moral de Albert, ya que se obsesiona imaginando que Ivo está teniendo relaciones sexuales con Coralí sin que ella lo rechace. Por eso, cuando al final captura a Ivo y lo mata en un duelo bestial, Albert, enloquecido y desquiciado, la busca a ella y la quiere violar hasta que, al echársele encima, ella se defiende clavándole el puñal que él mismo le regaló. Lo cual hace que Albert se dé cuenta de que ella ha protegido celosamente su virginidad prematrimonial.

Así, tanto Casacuberta y Sala como Tayadella y Yates han interpretado *La Punyalada* en términos literario-psicológicos. Según Tayadella, es «la historia de la frustración de un hombre [...] en el sentido que, cuando se asume a

sí mismo, ya no se puede rehacer de la destroza moral sufrida.»⁶ Y, por otro lado, Yates resalta, tal y como ya había dicho Joan Fuster, el hecho de que Vayreda hizo una «rectificación estética»⁷ al pasar de una novela de tesis como *Sang nova* a una novela compleja como *La Punyalada*, la cual muestra un «enriquecimiento armonioso de la técnica narrativa», «la investigación audaz de rasgos eróticos y sado-masochistas en las relaciones humanas», «la penetración mútua de los personajes y el medio ambiente» y «una exploración de las fronteras de la conciencia individual.»⁸ Y tales consideraciones alaban la obra como un gran paso hacia la creación de una tradición catalana de novela psicológica, la cual según Tayadella es «un verdadero punto débil de toda la narrativa catalana del siglo XIX».⁹

Es indiscutible que tal análisis literario-psicológico es apropiado para interpretar *La Punyalada*. Sin embargo, creemos que es en el caso de esta tercera novela donde más se necesita la lectura política precisamente porque la obra se presenta como un aventura psicológica de un triángulo amoroso y sin un aparente protagonismo de la política ni de la ideología.

Para empezar, no es anecdótico que tanto Albert como Ivo fueran soldados en la primera guerra carlista y que, una vez terminada, el primero se dedique a trabajar el campo como buen payés y Ivo —que ya de niño se distinguía por «la seva perversitat d'instints i la seva falta de cor»—¹⁰ se convierta en un *trabucaire* típico de los que, según explica Jordi Canal, «emigrados a Francia tras la carlistada volvieron descolocados a sus país, basculando entre la reintegración social y el mantenimiento de la excepcionalidad guerrera.»¹¹ Por eso, Albert representa el carlismo pacífico de los valores rurales, productivos y tradicionales y Ivo, la violencia sin «caràcter polític»,¹² la cual indica que él nunca había pertenecido sinceramente al carlismo.

Pero lo crucial de su relación es la atracción que ambos sienten por Coralí, siendo el objetivo de Albert el matrimonio y el de Ivo la lujuria. Y, aunque

6 A. TAYADELLA I OLLER, *La novela realista*, en M. DE RIQUER, A. COMAS Y J. MOLAS (eds.), *Història de la literatura catalana. Part Moderna, Volum VII*, Ariel, Barcelona, 1986, p. 538.

7 A. YATES, *Una generació sense novella? La novella catalana entre 1900 i 1925*, Edicions 62, Barcelona, 1975, p. 89

8 *Ibidem*, p. 89.

9 TAYADELLA I OLLER, o. c., p. 536.

10 «Su perversidad de instintos y su falta de corazón» (M. VAYREDA, o. c., p. 470).

11 J. CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza, Madrid, 2000, p. 123. Cf. *Carlisme i catalanisme a la fi del segle XIX. Notes sobre unes relacions complexes*, en *Le discours sur la nation en Catalogne aux XIXe et XXe siècles. Hommage à Antoni M. Badia i Margarit*, Université de Paris-Sorbonne (Paris IV), Paris, 1995, pp. 211-230.

12 M. VAYREDA, o. c., p. 534.

ella está prometida con Albert, éste siempre duda de hasta qué punto ella se siente instintivamente atraída por Ivo. Reflexiona Albert:

«Em va semblar haver descobert bona part de la incògnita. Hi ha en les mosses, fins en les més bosqueroles, un fons d'admiració per la força, superior, de vegades, al de la bellesa i la gràcia; és un residu de l'esperit cavalleresc d'altres temps que traspua encara sobre la crosta del positivisme del dia. La Coralí apreciava en mi, sens dubte, alguna qualitat que als seus ulls tenia veritable valor, però em trobava encongít, curt de gènit. En canvi, l'Ivo, arrogant i galantejador, la seduí algun moment per la superioritat d'aquestes qualitats i per la força amb què les feia valer.»¹³

Por eso a Albert le atormenta y le hace enloquecer la idea de que, mientras está secuestrada, Coralí consiente e incluso desea tener relaciones con Ivo. Entonces, será la puñalada final que ella le clava para defenderse de su intento de violación la que le cura de locura. Y dice:

«—Coralí! No temis, que ja sóc curat; el meu cor, purgat de la sang endimoniada pel mal esperit, ha obert els ulls a la veritat; ni ara, ni abans, mai he estat digne de tu, però fins ara no ho he comprès; amb la mort em dons la vida i te'n sento ben grat, perquè val més un instant de llum que tota una vida de tenebres.»¹⁴

Los análisis de Casacuberta y Sala y de Tayadella leen este final como la iluminación de Albert por la divinidad ya que sale del infierno en el que había caído al perseguir a Ivo. Ahora bien, lo que se le revela a Albert al ser apuñalado por Coralí no es cierta bondad divina del alma, sino dos cosas bien concretas. La primera, que Ivo nunca pudo violar a Coralí porque ella le hubiese rajado también; y la segunda, que además ella en realidad no deseaba

13 «Me pareció haber descubierto buena parte de la incógnita. Hay en las mozas [...] un fondo de admiración por la fuerza, superior, a veces, al de la belleza y la gracia; es un residuo del espíritu caballeresco de otros tiempos que rezuma aún sobre la corteza del positivismo del día. Coralí apreciaba en mí, sin duda, alguna calidad que a sus ojos tenía verdadero valor, pero me encontraba apocado, corto de genio. En cambio, Ivo, arrogante y galante, la sedujo en algún momento por la superioridad de estas calidades y por la fuerza con la que las imponía.» (M. VAYREDA, o. c., p. 505).

14 «Coralí! No temas, que ya estoy curado; mi corazón, purgado de la sangre endemoniada por el mal espíritu, ha abierto los ojos a la verdad; ni ahora, ni antes, nunca he sido digno de ti, pero hasta ahora no lo he comprendido; con la muerte me das la vida y te estoy agradecido, porque vale más un instante de luz que toda una vida de tinieblas.» (Ibidem, p. 584).

a su secuestrador y era sólo Albert quien creía que lo deseaba. Y eso significa que era Albert quien concebía lo deseable como lo que representa Ivo —es decir, la violencia, la arrogancia, la amoralidad. Por eso, el hecho de descubrir que desde el principio Coralí había querido a Albert y lo que él representa —la bondad rural, la productividad agraria, la moral tradicional— cancela la articulación del deseo en los términos violentos. Y si Albert representa el lado puro y bueno del carlismo, entonces *La Punyalada* se puede leer como una propuesta de eliminar las connotaciones reaccionarias y violentas de éste y reinterpretarlo según los valores que representa Albert, que serán los que fundaran el regionalismo tradicionalista.

Además, de lo que ninguno de los críticos ha dado cuenta es del hecho de que *La Punyalada* se presente como el manuscrito que el autor recibió de un Albert ya viejo. Este truco narrativo del manuscrito encontrado, además de proveer verosimilitud al relato, nos indica que Albert no murió a causa de la puñalada de Coralí, aunque tampoco se nos cuenta qué pasó en su vida posterior y hasta el momento en que el autor, en una excursión por la Alta Garrotxa, conoce al Albert esquivo y huraño que le entrega el manuscrito con la historia de su juventud. Y es que esta historia sucede a principios de los años 40, cuando aún tenían que lucharse dos guerras carlistas más y, por lo tanto, no era posible el final utópico en que los payeses Albert y Coralí se reconcilian y se encaminan hacia un futuro armonioso y productivo, utopía que sí se haría posible a finales de siglo cuando el carlismo ya era muy residual y cuando sí surgió el proyecto regionalista.

Pero tampoco era posible que al final Albert se muriera, porque necesitaba representar un elemento de continuidad entre el carlismo y el regionalismo. Y es que *La Punyalada* persigue mostrar como los militantes carlistas desde el principio ya compartían los presupuestos del tradicionalismo catalanista, lo cual, evidentemente, consiste en un reciclaje del carlismo para articularlo en función del catalanismo católico que propugna Vayreda. Y a la vez, no solamente al reciclar este carlismo, sino también al apostar por articular el inconsciente que define lo deseable en estos términos rurales y tradicionalistas, que son los que desea Coralí de Albert, la novela precisamente provee al catalanismo de este inconsciente para articular su deseo.

Y es que, como dice Jordi Canal:

«A finales del siglo XIX se había formado un espacio interseectivo entre los movimientos carlistas y catalanistas que complicaba mucho las relaciones entre unos y otros. El caso de Marià Vayreda apuntaba ya, en buena parte, en este sentido. El catalanismo no se instaló al lado de las tradiciones políticas y las formaciones del arco político catalán pre-existentes, sino que las cortó transversal-

mente. [...] Por esta razón, en el caso del carlismo no sorprendían denominaciones como tradicionalismo regionalista o carlismo catalanista.»¹⁵

Así, no es que el catalanismo sea carlismo reciclado, sino que, tan pronto como surgió, el catalanismo atravesó a todas las opciones políticas y las obligó a resituarse en la nueva cadena de significantes que articuló. Joan Lluís Marfany ha explicado esta transversalidad del catalanismo precisamente en términos culturales.¹⁶ Las actividades catalanistas consistieron, sobre todo a partir de los años 80, en el cultivo masivo de la literatura, del excursionismo, de las sardanas, del canto coral y del espíritu de «germanor» para reivindicar la idea de que Catalunya era una nación. Así, según Marfany, esta cultura catalanista se quería antipolítica, lo cual quería decir también antiliberal. Si el catalanismo rechazó de entrada y hasta la Lliga de Prat de la Riba su organización como partido y el parlamentarismo fue porque hacer política significaba hacer política española, que era lo propio de un Estado —el español— pero no de una nación —la catalana. Así, como mínimo el catalanismo tradicionalista —dado que, como han apuntado Josep Termes y Agustí Colomines, no todo el catalanismo inicial es tradicionalista y conservador—,¹⁷ aunque no se definiera como carlista, sí proclamaba una utopía antiliberal que, según Marfany, abogaba por el corporativismo, el sufragio restringido y la representación orgánica.

Por lo tanto, la ideología de *La Pinyalada* y de la figura de Albert se inscribiría dentro de un catalanismo de raíz tradicionalista de apelación a la tierra, a la lengua catalana —y aquí cabe mencionar la enorme riqueza de vocabulario de la novela, con vocablos tan montaraces y fieros como las personas que los pronuncian y las tierras que los escuchan— y al olvido de la política, aunque no sin haber saldado antes las cuentas con el pasado carlista.

Finalmente, el ejemplo de *La Pinyalada* nos enseña que la forma como la literatura puede articular el inconsciente de una comunidad es presentándose, no como programa ideológico, lo cual sólo convence a los militantes que ya comparten la doctrina, sino como historia puramente estética, como retrato psicológico, como experiencia humana compartida. Para que el *pueblo*, mediante la canonización productora de tradición propia, interiorice una

15 J. CANAL, o. c., p. 222.

16 Cf. J. L. MARFANY, *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Empúries, Barcelona, 1995.

17 J. TERMES, A. COLOMINES, *Patriotes i resistents. Història del primer catalanisme*, Base, Barcelona, 2003.

ideología nacional determinada, ésta sólo puede penetrar inconscientemente ya que la misma identidad del *pueblo* se articula como fantasía de cohesión de la comunidad.

Por eso, apelando a razones exclusivamente estéticas, se ha canonizado a *La Punyalada* como la definitiva y la mayor de las tres novelas de Vayreda, pero no porque no contenga las mismas funciones ideológicas que sus dos libros anteriores, sino porque las encubre con una estética plenamente eficaz. Lo cual, en los términos internos de la estética, se traduce como que las dos primeras novelas no eran suficientemente buenas mientras que *La Punyalada* posee una calidad literaria universal.